

**DOROTHY
PARKER**

**Narrativa
completa**



Dorothy Parker escribió una vez que lo suyo era tomarse un Martini, dos como mucho. Después del tercero, ya estaba debajo de la mesa, y al cuarto... debajo de su anfitrión. Con esas premisas, y haciendo gala de un humor que arañaba los buenos hábitos de la burguesía de entonces, cabe entender que la misma Dorothy se convirtiese en personaje y que su obra se leyera a menudo como la alegre guarnición de una vida dedicada al chiste ingenioso.

Los años fueron pasando, y el tiempo ha revelado que esta protagonista indiscutible de las tertulias más animadas del Nueva York de entreguerras, esposa infiel y amante solícita, fue además una escritora de primer orden, capaz de resumir en pocas páginas la hipocresía de una sociedad que crecía a la sombra de un dinero recién estrenado y de unas costumbres que se caían de viejas. Así lo muestran las mujeres y los hombres que deambulan por sus cuentos, seres patéticos que lloran en habitaciones exquisitamente decoradas, flirtean con un empeño digno de mejores causas, o ríen sin ganas en la barra de un bar para olvidar que alguna vez fueron felices. Es más, basta con acercarnos un poco a esas parejas desesperadas y tiernas para darnos cuenta de que la prosa de Dorothy Parker no ha muerto. Al contrario, su protesta es más actual que nunca, su sonrisa aún nos acompaña, su amor por Nueva York cala hondo, y su ironía es el mejor de los regalos en una época de tanta perplejidad. De ahí el placer de poder publicar por primera vez en castellano la narrativa completa de una señora que supo vivir y escribir a la altura de su talento.

© 2003, **Jordi Fibla**, por la traducción de: «Arreglo en blanco y negro», «Los sexos», «El señor Durant», «El encantados Anciano Caballero», «Una llamada telefónica», «¡Aquí estamos!», «La calma antes de la tempestad», «¡Qué lástima!», «Te portaste perfectamente», «Una rubia imponente», «Revelación», «La yegua», «Entre Nueva York y Detroit», «El pequeño Curtis», «Sentimentalismo», «Vestir al desnudo».

© 2003, **Celia Filipetto**, por la traducción de: Introducción, «El último té», «Sólo uno cortito», «Del diario de una dama neoyorquina», «La señora Carrington y la señora Crane», «Altas horas de la madrugada», «El vals», «Camino a casa», «Gloria en pleno día», «El primo Larry», «La señora Hofstadter de la calle Josephine», «Soldados de la república», «Corazón de natillas», «Canto a la bata», «1941», «Nivel de vida», «El permiso maravilloso», «El juego», «Vivo de tus visitas», «Lolita», «El banquete de sapos», «El rayo que no cae».

© 2003, **Carmen Francí**, por la traducción de: «Qué bonita estampa», «Cierta señora», «Diálogo a las tres de la mañana», «¡Oh, qué encanto!», «La narración del viajero», «Mañana tengo un día horrible», «Manto de alabanzas», «La liga», «La cuna de la civilización», «En cambio, el de la derecha...», «Una joven vestida de encaje verde», «Consejos a la joven Peyton».

© **Isabel Núñez**, por la traducción de: «Nuestro club de los martes», «La movida de los espíritus», «Antología de una cena», «Antología de un hotel de verano», «Antología de una casa de pisos», «Hombres con los que no me he casado», «Bienvenidos a casa», «Los nuestros», «Juventud profesional».

Prólogo^[**]

QUERIDA DOROTHY PARKER

Tus agudas historias, tan llenas de humor como de dolor, hoy son consideradas literatura y tu nombre está en el censo de los grandes. Nadie te tildaría hoy, despectivamente, de sentimentalista.

Empecé a escribir estas líneas con la idea de contarte todo lo que ha cambiado en la relación entre los hombres y nosotras, las mujeres, desde el tiempo aparentemente lejano en que te marchaste. Me gustaría poder decirte que en estos últimos ochenta años las mujeres cambiamos mucho, que ya no nos sentimos inseguras cuando nos enamoramos ni solas cuando nos casamos. Pero me parece que ya te han mentido bastante en la vida como para seguir abusando de tu sentido del humor.

Las mujeres todavía seguimos pendientes de que el teléfono suene, enamorándonos del menos indicado, amando con desesperación y boicoteándonos cuando parece que las cosas por fin van a funcionar. Seguimos apostando al amor con la ilusión de que va a curarnos de todos los males, mintiéndonos descaradamente a nosotras mismas, haciendo conjeturas acerca de lo que el otro piensa en vez de preguntárselo, y huyendo de un portazo a medianoche en un ataque de celos para tener que volver a pedir disculpas, arrastrándonos, dos horas más tarde.

Seguimos comportándonos como niñas cuando las cosas no salen como lo esperábamos, emborrachándonos para animarnos a decir algo que no nos atrevemos o para ahogarlo para siempre, o simplemente para soportarlo...

Por supuesto que la cotización de las chicas simples, despreocupadas, alegres y divertidas no ha dejado de subir. Una mujer con problemas sigue siendo una cruz, y para un hombre cualquier mujer que llora es una mujer con problemas.

De todas maneras, la gente se sigue casando; con cualquiera, pero se sigue casando. Y aunque estamos en la era de las comunicaciones, la mayoría de las parejas sigue comiendo en silencio porque no tiene nada que decirse, para después transformarse, delante de terceros, en seres locuaces y risueños. Porque hay cosas que no cambian nunca, Dorothy, y seguimos siendo mucho más encantadores, pacientes y seductores con cualquiera que con el que tenemos al lado. Lo curioso es que todavía seamos tan ingenuos como para seguir sorprendiéndonos cuando la que considerábamos una pareja perfecta, de repente, se separa.

La gente sigue teniendo hijos, aunque no necesariamente por métodos naturales, pero es algo un poco complejo de explicarte en este momento, sobre todo con mis rudimentarios conocimientos científicos. Tanta ciencia no impide que siga habiendo madres, que aunque han mejorado mucho por el ejercicio de la profesión, siguen contaminadas de los peores vicios del vínculo. Sigue habiendo también madres divorciadas que someten a sus hijos a interrogatorios policiales para saber de la nueva vida de sus ex, que los llenan de reproches y culpas mientras les vomitan todo su resentimiento y les hacen saber que son lo único y más querido que tienen.

Del aborto se sigue hablando más bien poco y las mujeres continúan yendo solas a hacérselo porque ésas siguen siendo cosas de mujeres.

El mundo sí que ha cambiado bastante, aunque sigue habiendo judíos que se cambian el nombre y negros que no se juntan con gente de color; ricos que prefieren no mirar a los pobres porque les hace daño al alma; damas de caridad que siguen regalando lo que no les sirve a ellas ni a los pobres y mujeres a las que se les viene el mundo abajo si se les parte una uña. Pero por suerte, Dorothy, todavía seguimos emocionándonos cuando pasamos por un lugar donde alguna vez fuimos felices; y sigue habiendo amigas que juegan a ver en qué se gastarían un millón de dolares; y flores increíbles, de éstas que te gustan tanto, primulas, lirios del valle, capullos de rosa, reseda y acianos de color azul.

Para darte alguna buena noticia, me gustaría contarte que lo que sí ha cambiado en estos años es la mirada sobre tu obra. La justicia es lenta, y los editores ni te digo. Pero hoy eres considerada una escritora, como tú querías ser llamada; no una humorista, como tanto te molestaba que te llamaran (lo que de todas maneras ahora está muy bien visto, puedes creerme, yo sé por qué te lo digo).

Tus agudas historias, tan llenas de humor como de dolor, hoy son consideradas literatura y tu nombre está en el censo de los grandes. Nadie te tildaría hoy, despectivamente, de sentimentalista. Y eso es, tal vez, otra buena noticia: lo sentimental ha pasado a ser digno de consideración y no de burla, porque a esta altura de la carrera ya estamos todos demasiado heridos como para hacernos los desentendidos.

Sí, eres una escritora respetada, comprendida y cada vez más leída, Dorothy Parker. Todo aquello que, de haberte pasado en su momento, probablemente te hubiera ahorrado varios litros de lágrimas y, sobre todo, de escocés sin hielo. El reconocimiento a veces tiene la misma mala costumbre que el amor: llega tarde, cuando uno menos lo esperaba o cuando ya no le importa. Pero es mentira, porque siempre importa y nunca es tarde, porque uno jamás deja

de esperar que alguien lo descubra y lo ame. Yo te acabo de descubrir. Y me alegra haber tardado tanto porque si te hubiera leído mucho antes tal vez nunca habría dibujado mis historietas de mujeres. Porque tú ya las habías escrito.

MAITENA
20 de febrero 2003

Prólogo

UN BRINDIS Y UN RECUERDO PARA DOROTHY PARKER

Releer a Dorothy Parker —en la Viking Portable Library— me ha producido, de una manera un tanto inesperada, un manifiesto ataque de nostalgia. Sus poemas parecen un tanto pasados de moda. En el mejor de los casos, resultan ligeros e ingeniosos, pero cuando pretenden ser algo más serio, tienden a ser una mezcla de A.E. Housman y Edna Millay. Su prosa, en cambio, sigue muy viva. A mí me parece tan aguda y divertida como en los años en que comenzó a publicarse. Si Ring Lardner trasciende a nuestros días, como no cabe duda de que lo hará, es posible que lo mismo suceda con Dorothy Parker.

Lo que he sentido con mayor intensidad es la diferencia entre el tono general, la atmósfera psicológica y literaria de los años veinte y principios de los treinta, cuando fueron escritas la mayoría de estas obras de la señora Parker, y la atmósfera de los tiempos presentes. Me hizo comprender lo mucho más libres que eran las personas: en sus emociones, en sus ideas y a la hora de expresarse a sí mismas. En los años veinte podían amar, viajar, disfrutar de la noche hasta cualquier hora; podían pensar, decir o escribir todo aquello que les pareciera divertido o interesante. Había mucha irresponsabilidad, se desperdiciaba una gran cantidad de dinero y energía, y las actividades artísticas de la época se vieron en parte afectadas por los vicios generales, pero era

un entorno mucho más favorable para la escritura que el período que vivimos ahora.

La depresión redujo los ingresos, y la gente tuvo que comenzar a vigilar el bolsillo. Después comenzaron a vigilar a los políticos. El mundo artístico e intelectual comenzó a preocuparse con cada vez mayor ansiedad por que sus posiciones fueran las correctas en relación con el sistema capitalista y la inminencia o no de una revolución social; gastaron mucho tiempo y papel discutiendo la cuestión. Algunos escritores que habían basado su trabajo en el alboroto y el encanto del boom perdieron el ánimo y más o menos abandonaron. Los jóvenes escritores que salían de la universidad, por lo general escasos de recursos y sin perspectivas de encontrar un trabajo, se vieron obligados a ser discretos, aunque los más duros intentaron trabajar con los comunistas y otros grupos radicales; los más convencionales se hicieron profesores. Algunos intentaron hacer las dos cosas al mismo tiempo, con resultados tan incómodos como insatisfactorios ante la tesitura de conciliar su posición ante las autoridades académicas con la pureza de su línea política.

Las obras de Dorothy Parker están tan alejadas de este ambiente como de las obras de Scott Fitzgerald. Es un alivio y una confirmación, al leer sus soliloquios y diálogos — sus relatos, escritos de una manera muy directa y a veces tan sentimentales, no salen tan bien librados—, comprobar las osadías intelectuales que se podían permitir los artistas, su total libertad para ser personales y directos. Todos los libros de Parker tienen títulos fúnebres, pero sus ojos siempre están bien abiertos y la lengua preparada para la réplica. Incluso los títulos eran sardónicas exclamaciones de un individuo ante la idea de su propia muerte. La idea de la muerte de una sociedad todavía no había comenzado a calar en las personas hasta el punto de paralizar sus respuestas ante la experiencia.

Sin embargo, el movimiento literario de los años veinte mostró una tendencia a desmoronarse y apagarse que no hubiésemos esperado en aquel momento, cuando nos parecía a todos que la literatura norteamericana acababa de experimentar un brillante renacimiento. Fue un duro golpe saber que Scott Fitzgerald, que aún parecía estar en camino de hacer realidad lo que prometían sus libros imperfectos, había muerto prematura y repentinamente, y muy pronto descubrimos que esta obra imperfecta tenía casi la consideración de un clásico: su valor se había incrementado por su rareza, dado que no habría ningún libro más de él o de cualquier otro. Cuando abrimos este nuevo volumen, que contiene todas las obras publicadas de Dorothy Parker, se produce un cambio de sentimientos similar. La señora Parker todavía no ha muerto ni tampoco ha dejado de escribir: hay varios cuentos nuevos en este volumen, que mantienen el mismo nivel de los anteriores. Pero ahora produce poco y ha sufrido, para nuestra desilusión, uno de los males de su generación. Hace cosa de una década o poco más se fue a Hollywood para vivir allí de una manera más o menos regular. Una vez lejos de su entorno natural, Nueva York, ha sucumbido a la manía expiatoria que se ha convertido en una epidemia entre los escritores de guiones, así que en la actualidad escribe entusiastas llamamientos en favor de organizaciones que se proclaman «progresistas» y consiguen convencer a sus seguidores de que están trabajando en pro de la revolución social, aunque en realidad no tienen otro propósito que promocionar la política exterior de la Unión Soviética. Por supuesto, tendría que haberse dedicado a satirizar a Hollywood y a pinchar a sus compañeros de viaje, pero hasta ahora, que yo sepa, no ha escrito ni una palabra sobre ninguna de las dos cosas. Hay entre estos nuevos cuentos un par que tratan de la guerra —«El permiso maravilloso» y «Canto a la bata, 1941»— pero esta colección te hace sentir por encima de todo que estás reviviendo una época desaparecida. Excepto por un cuento so-

bre la guerra civil española, la relación parece interrumpirse bruscamente en algún momento a principios de los años treinta.

Así y todo, esta recopilación tiene un valor añadido derivado de su rareza; una rareza como la de los cortaplumas de acero, las gomas de borrar buenas y las auténticas sardinas en lata, artículos que prácticamente han desaparecido y que sólo ahora comenzamos a ser conscientes de su excelente calidad. A mí me parece, aunque no citaré nombres, que una de las características de estos últimos años ha sido escribir imitaciones de libros. Hay obras de las que no se puede decir sinceramente si son buenos o malos libros, porque en realidad no son en absoluto libros. Cuando los compras, no tienes más que papel impreso. Sin embargo, cuando compras un Dorothy Parker, tienes de verdad un libro. No es Emily Brontë o Jane Austen, pero se ha tomado el trabajo de escribir bien y ha puesto una voz en lo que ha escrito, un estado mental, una era, unos pocos momentos de experiencia humana que nadie más ha transmitido.

EDMUND WILSON

20 de mayo de 1944

RELATOS

QUÉ BONITA ESTAMPA



El señor Wheelock estaba recortando el seto y no le disgustaba la tarea. De no ser por el olor de la flor del ali-gustre, algo nauseabundo, incluso habría disfrutado. Las tijeras nuevas eran brillantes y afiladas y, a medida que caían los brotes jóvenes y verdes y la franja de seto pulcro y cua-drangular se iba alargando, la sensación que le producía el trabajo realizado resultaba gratificante. Quedaba mucho por hacer. Debería haberse podado la semana anterior, pe-ro aquel era el primer día que el señor Wheelock había po-dido regresar del centro antes de la hora de cenar.

Recortar el seto era una de las escasas tareas domésti-cas que se podían confiar al señor Wheelock, ya que su in-capacidad para las cosas de la casa era famosa. Todo el vec-indario lo sabía y era la fuente de todas las bromas de la señora Wheelock. La anécdota más conocida de su esposa era la que contaba cómo el invierno anterior había contra-tado a un hombre para que se ocupara de la estufa tras lu-char con ella infructuosamente durante siete años. La seño-ra Wheelock tenía una memoria admirable y, aunque había contado muchas veces esa historia, nunca se le olvidaba ni una palabra. Incluso en aquel momento, a finales de ve-rano, apenas podía contarla sin reírse.

De recién casados, el señor Wheelock se prestaba a que se riera de él e incluso fingía ser más torpe de lo que en realidad era para mejorar la broma. Pero se había cansado de que su incapacidad fuera tema de conversación. Todos los hombres que la señora Wheelock conocía —sus primos, su cuñado, los chicos con los que había ido al colegio, los